

El curriculum y la inspiración cristiana en el México de hoy

Anaya y Duarte, José Gabriel

1996

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5427>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

EL CURRÍCULUM Y LA INSPIRACIÓN CRISTIANA EN EL MÉXICO DE HOY

GABRIEL ANAYA DUARTE, S.J.*

El propósito de mi exposición en este pánel es iluminar lo que debe ser un currículo universitario desde la perspectiva de la inspiración cristiana; creo que esto se puede hacer desde el Evangelio mismo. Comentaré pues un párrafo muy conocido de él, pero cuya profundidad suele pasarse por alto: el de la llamada multiplicación de los panes, que se narra en Mc 6, 34-44.

En cierta ocasión, Jesús atravesó el lago de Tiberíades para tomar un merecido descanso con sus discípulos. Pero “al desembarcar vio mucha gente y sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor.” (Mc 6,34) Aquella gente, sin auténticos dirigentes religiosos y políticos, estaba desorganizada, sin rumbo en la vida, desunida, expuesta al ataque de los enemigos, sin saber dónde encontrar refugio, alimento, bebida. Ésa es también la situación de la humanidad hoy en el mundo y en México; así ingresan nuestros alumnos a la universidad. ¿Cómo vamos a formarlos? Nos lo puede indicar este pasaje evangélico, cuyo mensaje central está enunciado en esa frase inicial: Jesús, el Buen Pastor, va a transformar una masa de desorientados en una comunidad de personas. Él fue el hombre para los demás, modelo nuestro e ideal que nos proponemos en la educación ignaciana. Veamos pues cuál es el currículo que sigue Jesús.

Hay que notar en primer lugar su punto de partida: “Sintió compasión de ellos.” Más que el poder o la misma autoridad, se subraya en el Evangelio la compasión de Jesús; ese estremecerse las entrañas ante la miseria de la gente. Una carrera universitaria, una profesión, ciertamente dan autoridad; pero una autoridad

* Académico del Centro de Integración Universitaria; UIA-Golfo Centro.

que se debe poner al servicio de los demás. La inspiración cristiana, que valora y eleva lo humano, exige que las materias del currículo no sólo incluyan conocimientos y habilidades, sino también y sobre todo las repercusiones que éstos tienen en la persona humana y en la sociedad. De ahí también la importancia de un auténtico Servicio Social que ponga en contacto, en sintonía con las necesidades del pobre. Más allá de la mente de los alumnos, debemos llegar a su corazón y suscitar en él una compasión emotiva y valoral por el prójimo.

Lo primero que hace Jesús es dirigirles la palabra: "Y se puso a enseñarles muchas cosas." (34) La enseñanza es sin duda la actividad más tradicional en la universidad y en la que emplea la mayor parte de sus fuerzas. Pero ¿qué tipo de enseñanza?, ¿cómo era la de Jesús? Sabemos, por las costumbres de la época y por los mismos Evangelios, que era una enseñanza en diálogo, más socrática, aun en el medio semita, que la actual. Nuestros alumnos ya están cansados, lo mismo en la política y en la religión que en la universidad, del discurso desde arriba, vertical, impositivo. Debemos partir de su situación, escuchar sus problemas, suscitarlos, ya que muchas veces no son conscientes de ellos; y atender también a sus puntos de vista, descubrir los valores que ciertamente tienen. Sólo cuando nuestra enseñanza sea una respuesta a sus preguntas, será significativa para ellos. No será una palabra opresora sino liberadora, que los haga conscientes de su dignidad humana y de sus potencialidades. Esta enseñanza en diálogo capacitará a su vez al egresado para un diálogo tan necesario en la práctica profesional.

Pero no bastan las palabras. "Era una hora muy avanzada cuando se le acercaron sus discípulos y le dijeron: El lugar está desierto y ya es hora avanzada; despídelos para que vayan a las aldeas y pueblos del contorno a comprarse de comer." (35-36) Nuestros discípulos, como los de Jesús, piden soluciones prácticas; ellos mismos necesitarán comer, y quieren capacitarse para conseguir un empleo. Deben también pensar en los demás: millones de gentes necesitan comida, vestido, casa, educación, salud. La solución que proponen los discípulos de Jesús parece la más obvia; es la solución vigente hoy en la economía de mercado: "Que vayan a comprarse de comer." El dinero parece solucionarlo todo; hay que dejar que operen las fuerzas libres del mercado, la oferta y la demanda, para que todos puedan comer. ¿Es ésta la solución que proponen nuestras carreras universitarias? ¡Estamos formando a

nuestros futuros egresados para que sean piezas de refacción del sistema económico actual?

La solución de Jesús es muy distinta: "El les contestó: Denles ustedes de comer." (37) Porque las fuerzas del mercado no son libres; las manejamos los seres humanos, que sí somos libres, aunque muchas veces inconscientes de las repercusiones que nuestros actos tienen en los demás. Un currículo con inspiración cristiana debe propiciar que los futuros profesionales tomen conciencia de su responsabilidad frente a los problemas sociales y tengan la creatividad y las herramientas para cumplir la indicación de Jesús: "Denles ustedes de comer." Esto desde luego no es fácil frente a cuarenta millones de hambrientos sólo en México. La respuesta de los discípulos es comprensible: "Ellos le dicen: ¿Vamos nosotros a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?" (37) La empresa parece imposible.

"Jesús les dice: ¿Cuántos panes tienen? Vayan a ver. Después de haberse cerciorado, le dicen: Cinco y dos peces." (38) El currículo debe incluir un análisis realista, a nivel regional y nacional, de los propios recursos: ¿con qué contamos para hacer frente a la situación en que nos encontramos? Pero no sólo recursos materiales; el dinero no es la solución para todo. Hay recursos humanos, científicos, tecnológicos, organizacionales. Es el papel insustituible de las universidades: una continua investigación y análisis de la realidad que respalde la enseñanza. Hay que aportar conocimientos y técnicas, que tanto se han desarrollado en el presente siglo, pero las adecuadas a nuestro medio, a nuestras culturas. Lo más importante, sin embargo, en este inventario, es el punto de vista valoral, no del egoísmo sino de la justicia; no cuántos panes tengo para mí, sino cuántos tengo para los demás. No importa que nos parezca a primera vista que contamos con muy poco; Jesús, el Buen Pastor, nos indicará cómo hacerlo rendir.

"Entonces les mandó que se acomodaran todos por grupos sobre la verde hierba. Y se acomodaron por grupos de cien y de cincuenta." (39-40) Un paso indispensable para convertir la masa en pueblo es la organización. La solución no consiste en una globalización deshumanizante, impuesta por las grandes potencias, que deja en el anonimato al individuo. El punto de partida no es la masa sino la persona; la persona que es esencialmente relacional, comunitaria, social. Sólo a partir de la familia, de las pequeñas comunidades humanas, podemos construir las empresas, las

sociedades locales, la gran sociedad nacional que ha sido ² ineludiblemente ligada a la mundial. Esta organización de núcleos personalizados requiere ciertamente de conductores, de líderes. Pero de guías que no busquen su propio beneficio por la explotación del otro, sino el bien común de esos grupos, que los ayuden a crecer, que quieran sinceramente darles de comer. Es mucho más importante que nuestros alumnos aprendan a organizar a las personas que a aprovechar los recursos materiales.

“Y tomando los cinco panes y los dos peces, levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y los iba dando a los discípulos para que se los fueran sirviendo. También repartió entre todos los dos peces.” (41) Es interesante que el relato evangélico no emplea la palabra “multiplicación” con la que se suele designar este pasaje; lo que dice es que Jesús “partió y repartió”. Sabemos bien que los avanzados procesos de producción han multiplicado los bienes materiales, hasta el punto de crear inclusive necesidades ficticias; pero que el drama de nuestro tiempo consiste en la terrible desigualdad en la distribución de esos bienes materiales: hay unos pocos muy ricos a costa de la enorme masa de pobres. A eso conducen las fuerzas libres del mercado: el que más tiene adquiere más. Así pues, la solución no es tanto la producción, cuanto la equitativa distribución; no tanto multiplicar cuanto dividir, repartir, compartir. Una crítica constructiva de las estructuras sociales dará a los currículos el marco cognoscitivo y valoral adecuado, si queremos formar hombres y mujeres para los demás.

No podemos pasar por alto un detalle que para los lectores de Marcos saltaba a la vista. Los gestos de Jesús: levantar los ojos al cielo, pronunciar la bendición, partir el pan y repartirlo, recuerdan vivamente la Eucaristía. Pero no una Eucaristía aislada de la vida, sino la celebración comunitaria de una Iglesia organizada que actualiza la presencia de su Buen Pastor; una convivencia fraterna que es “fuente y cima de toda la vida cristiana.” (LG 11) Entre el currículo académico y la pastoral universitaria, aunque ésta no forme parte estrictamente de él, debe haber una mutua apertura que manifieste el auténtico sentido de las prácticas religiosas: éstas celebran e iluminan toda la tarea educativa e inyectarán una orientación social a la futura vida profesional, una vida cristiana que consiste en el amor y la justicia.

“Comieron todos y se saciaron. Y recogieron las sobras, doce canastos llenos y también los de los peces.” (42-43) La universidad es responsable de tender a esa utopía de que todos tengan qué comer. Cuenta con las ciencias económicas y administrativas, con las ingenierías y las técnicas, con las humanidades y las artes; nos corresponde darles en los currículos un sentido humano y cristiano, enseñar a usarlas en favor de los más desfavorecidos. Así cumpliremos nosotros y capacitaremos a nuestros egresados a que cumplan ellos la indicación de Jesús: “Denles ustedes de comer.” Los cristianos confiamos en la providencia de Dios, pero solemos olvidar que la providencia de Dios somos nosotros. El pasaje del Evangelio termina diciendo: “Los que comieron los panes fueron cinco mil hombres.” (44) Si repartimos adecuadamente nuestros cinco panes y dos peces en los currículos de las carreras, daremos un paso importante para satisfacer el hambre de formación humanista y cristiana de nuestros veintitantos mil alumnos.

He recorrido, siguiendo el orden de la perícopa evangélica, algunas de las características, quizá las básicas, que deben tener nuestros currículos. Currículos que favorezcan un proceso de enseñanza-aprendizaje en diálogo con el alumno y con la realidad; que incluyan no sólo conocimientos y habilidades, sino la repercusión que éstos tienen en el ser humano; que formen líderes con espíritu de servicio para relacionar a las personas en comunidad y en sociedad, profesionales creativos con sentido social que procuren más la participación que la producción de los bienes materiales. Currículos que hagan tomar conciencia al alumno de su dignidad humana y lo abran a la auténtica religiosidad cristiana: una fe que actúa por el amor, un amor que se manifiesta en la justicia.

Desde luego que no todo el mensaje cristiano está contenido en una u otra perícopa evangélica. Me atrevo a decir que del conjunto del Nuevo Testamento, que no es una novedad absoluta sino la culminación del Antiguo y con muchos elementos presentes en otras religiones, se puede decir que el cristianismo es la religión del hombre. Tiene como centro de su fe a un hombre, Cristo Jesús, que es él mismo el modelo, ideal pero asequible, de todo ser humano; un hombre que tiene como misión inaugurar y extender aquí en este mundo el Reinado de Dios; un Reinado que ofrece la plena realización humana, en particular por el único mandamiento del amor.

Pero al mismo tiempo, el cristianismo presenta al Dios más blime, más trascendente al hombre, al Dios siempre más: al Dios único pero no solitario sino comunitario; al Dios que amor. A un Dios, sin embargo, que Cristo pone a nuestro alcance, al integrar en un solo plan la creación y la redención, al respetar nuestra dignidad humana y elevarla a la de hijos de Dios, al introducirnos en su vida trinitaria. El cristianismo subraya así profundamente todos los valores humanos, pero a la vez los relativiza frente a un valor supremo. El cristianismo nos impulsa a tender a Dios a través de este mundo, pero en la entrega y el desprendimiento.

Quise remontarme al Evangelio y hacer un breve resumen de los valores específicamente cristianos, no porque piense que de allí se deducen los currículos universitarios. Allí está ciertamente la luz que debe iluminarlos en una institución de inspiración cristiana; pero entre el Evangelio y el currículo hay muchas mediaciones. Están en primer lugar las aportaciones de las culturas antiguas, en particular la grecolatina, de las culturas actuales e inclusive de otras religiones. Están, en la historia cristiana, las escuelas catedráticas y monacales; están las universidades medievales y la tradición viva de la Compañía de Jesús. Están también las ciencias psicológicas y sociales, las técnicas didácticas, siempre en continuo avance.

El título del presente pánel no sólo habla del currículo y de la inspiración cristiana, sino que aterriza "en el México de hoy". No podría hablar de los planes de estudio de otras instituciones, que desconozco aunque imagino. No conozco tampoco los del ITESO y muy poco los de la Iberoamericana, con los que he ido perdiendo contacto. Pero me atrevo a decir que faltan todavía muchas mediaciones entre la inspiración cristiana y estos últimos. Herederos de planes profesionalizantes, no se han logrado desprender de la acumulación de conocimientos y habilidades que supuestamente requiere el ejercicio profesional. A pesar de la departamentalización, todavía muy tímida, y de la Filosofía Educativa, mal entendida, siguen orientados en un pragmatismo que paradójicamente resulta inútil no sólo para el profesional sino sobre todo para la finalidad que pretendemos.

A todos nos toca colaborar, presionar si es necesario, para que los currículos se centren en la formación valoral de la persona humana. No podemos ignorar la explosión del conocimiento ni la

necesidad de una relativa especialización: pero lo más importante es la persona de nuestros alumnos, buscar su bien integral, es decir, amarlos. La inspiración cristiana no nos dará recetas, ciertamente, pero sí la orientación fundamental y la capacidad para lograrlo, que es el amor. Amor que es la clave más importante en el proceso de enseñanza-aprendizaje y en la elaboración de los currículos. Amor que no brota de un mandamiento impuesto desde fuera, sino, como el de Jesús, del contacto vivencial, compasivo, con el otro; un amor fecundo que participa del de Dios. No olvidemos que no sólo los conocimientos sino sobre todo el amor es como una canasta con cinco panes y dos peces; nunca alcanza hasta que empieza uno a repartir.